EL INDIANO

HA vuelto.
Los ojos llenos de la gran ciudad.
De otras ciudades al borde de las olas.
Ha vuelto más moreno, más pobre...

Ha vuelto. Apretó la puerta y dijo con su voz:
—¿Me conoces?
Me alargó el pecho. (Le levantaré otra torre manual
tan dura como el pueblo.)
Ha dejado en mi mesa encendida carne tropical
y toda su vida como un pañuelo húmedo.

¿He de purificarlo, Señor, a su regreso?
¿O te ha pagado ya con sus secos y calientes
sacrificios australes? Y Tú ¿lo has perdonado?

Lo has perdonado:
Cuando por la ciudad golpeó las estrellas
o le habló de pistolas a un cualquiera en mitad de la calle.
Cuando lo detuvo la policía,
cuando cortó pedazos de tanta carne tendida
y la arañó con su sangre. (Al regresar solo encontraba
números en su cartera y sudor en las manos.)

Sin embargo, te oyó.
Te oyó que lo seguías por la ciudad poblada.

Un barco lo ha devuelto al vientre de su madre.
Trae en su corazón la huella inmóvil, la tristeza
como serrín y viento. Y pechos de mujeres
y más carne tendida...

JOSÉ MANUEL REGALADO